El yerno olvidadizo

Fue el yerno a visitar a su suegra. La suegra lo agasajó con kisel.
El yerno se comió el kisel y preguntó:
—¿Qué manjar es este?
—Kisel.
Al yerno le gustó mucho el kisel; piensa: «En casa haré que mi mujer lo prepare sin falta, solo por no olvidar cómo se llama».
He aquí que se fue para casa repitiendo para sí: «¡Kisel, kisel, kisel!»
En el camino había una zanja. El yerno quiso saltarla, pero resbaló y se cayó. Se levantó — y olvidó lo que había comido en casa de la suegra. Pensó y pensó, y de ninguna manera podía recordarlo.
Pasa por allí un señor en un carruaje de seis caballos y ve: un campesino deambula por la zanja.
Se detuvo y preguntó:
—¿Qué has perdido, campesinito?
—Cien rublos.
—Cochero, ve a buscar —dice el señor—, y si lo encuentras, lo repartimos por mitades.
El cochero se acercó a la zanja y dice:
—¡Mira cómo ha revuelto el barro en la zanja, como si fuera kisel!...
—¡Lo encontré, lo encontré! —gritó el yerno, salió de la zanja y echó a correr hacia casa con todas sus fuerzas, mientras no dejaba de gritar—: ¡Kisel, kisel!